

Entre biografía y periodismo

JEAN-PIERRE CASTELLANI es catedrático de literatura española contemporánea en la Universidad François Rabelais, de Tours. Especialista en el análisis del espacio autobiográfico, ha publicado numerosos trabajos relacionados con su línea de investigación, entre los que destacan los relacionados con las obras de Marguerite Yourcenar y Francisco Umbral.

EL COLUMNISMO, que es la forma más clara de la afirmación de un punto de vista personal en el discurso periodístico conoce en la prensa española, desde Larra y Clarín hasta Manuel Vicent, Rosa Montero, Antonio Muñoz Molina o Francisco Umbral, un gran éxito y sigue teniéndolo, a pesar de la evolución de los diarios hacia un discurso cada vez más frío que descarta el humor y la ironía, y establece más bien, con el lector, un pacto fundado en la razón, el rigor, la norma como cualquier otro producto comercial. La prensa española, quizá más que otras, ha reservado de modo tradicional un lugar eminente a esa vía literaria, por su voluntad de dar opiniones junto a las informaciones. El diario ABC dedica desde su creación, a principios del siglo XX, una «Tercera página» a la publicación de unos comentarios desconectados de la actualidad del día, escritos por un intelectual prestigioso, más bien académico, espacio que sigue presente, a pesar del reciente cambio de estructura de este diario. La columna en España, siempre ha sido una prueba de periodismo informativo de creación y de libertad de pensamiento.

Hoy en día citemos, entre las más importantes de la prensa diaria española, las de Antonio Gala, dramaturgo y novelista de mucho éxito, que dedica una glosa muy comprometida políticamente en *El Mundo* bajo el título significativo «La tronera». En este mismo periódico, cuya voluntad polémica se confirma de este modo, colaboran de modo regular columnistas bélicos y politizados como Javier Ortiz («Zoom»), Martín Prieto («Bajo el volcán»), Gabriel Albiac («Zoom»), Federico Jiménez Losantos («Comentarios liberales»), Antonio Burgos («El recuadro»), Raúl del Pozo («Vicios de la corte»), Fernando Ónega («Volveretas»), o más personales e intimistas como Manuel Hidalgo («Zoom») o Eduardo Mendicutti («Hoy sábado»). La elección del título genérico de la columna refleja claramente su tendencia: acercamiento personal a un tema particular de la actualidad, comentario urgente de los acontecimientos políticos, grito vehemente de protesta, confesión íntima. Por su parte Jaime Company, con su columna irónica, atrae e influye a muchos lectores de ABC. Juan José Millás, o Manuel Vicent, por otra parte novelistas reconocidos, publican, una vez a la semana, en la última página de *El País*,

una columna de gran calidad literaria, Manuel Vázquez Montalbán y Rosa Montero, en el mismo medio, hacen unos comentarios incisivos de la circunstancia social o política, nacional o internacional. En *El País Semanal* destacan actualmente las colaboraciones de Maruja Torres («Perdonen que no me levante»), Almudena Grandes («Escalera interior») o Shere Hite («Emociones») que se sitúan en la tradición de artículos de tono libre e impertinente que había puesto de moda en su momento Carmen Rico Godoy en el semanario *Cambio 16*. Manuel Alcántara publica cada día, en el diario *Sur*, una crónica que difunde por toda España una importante cadena regional de periódicos.

En el discurso general del diario de hoy, muy serio en su lenguaje, si bien cada vez más ameno en su tipografía y en grafismo, la columna le ofrece al lector, que la busca y la goza, empezando a menudo con ella la lectura del periódico, un texto marginado, limitado por un recuadro que lo separa claramente de lo demás del diario, firmado de modo espectacular, como se firma un cuadro de pintura, algo independiente, personal, parecido a una tertulia escrita, una especie de diálogo con el lector que en este caso se vuelve un amigo fiel, un confidente. De este modo se establece una relación desde un yo emisor predominante, consciente de su poder de influencia, y un yo receptor cómplice.

La presencia de la primera persona gramatical, que se justifica únicamente en los reportajes para dar autenticidad al testimonio, se vuelve aquí imprescindible, inherente al género. Sin este yo dictatorial, y por consiguiente injusto, equivocado, o agresivo, no hay columna en su emisión ni en su recepción. El predominio del yo del columnista, escritor/periodista, explica que la columna se escriba desde sentimientos nunca neutros, sino más bien intensos: felicidad, plenitud, ira, ironía, irrisión, desilusión, compromiso. Como proclama Umbral: «Yo firmo todos los días un manifiesto personal en mi columna»,¹ y, en esta perspectiva, la columna se vuelve un periódico en el periódico.

El lector va a buscar o recibir a este amigo como recibe la voz de un locutor de radio que le acompaña en su vida diaria. Esa identificación no

suele ocurrir con los otros artículos del periódico. A veces aparece la fotografía, la cara del autor, lo que humaniza más el texto y subraya la afirmación directa y personal, confirmando la autoría de la enunciación.

Antonio Muñoz Molina es uno de los representantes más destacados de este columnismo y se sitúa en esta escuela tan española del periodismo literario. Para entender el proceso y el alcance de su narrativa hay que tener en cuenta su labor periodística que corre pareja con su creación propiamente literaria. En el marco de *El País Semanal* está en la continuidad lógica de las columnas, tituladas «Impresiones y depresiones», que publicó, en el mismo lugar, durante una larga temporada, Fernando Fernán Gómez. El mismo título de la crónica, sin contar el carácter confesional de la mayor parte de los artículos de prensa de este actor, acostumbrado por otra parte a interpretar a personajes ajenos a su propio «yo», indica el enlace entre la vida del que firma y el texto que propone.

Muñoz Molina escribe sus primeros artículos a partir de 1982, en un diario andaluz, *El diario de Granada*, donde consigue abrirse camino después de empezar la carrera de periodismo en Madrid que luego abandonaría. Son crónicas semanales que, dos años después, van a dar forma a *El Robinson Urbano* (1984), su primer libro, seguido en 1985 de *Diario del Nautilus* compilación de artículos concebidos básicamente como capítulos de un libro y publicados en *El Ideal*. En 1995, la editorial Alfaguara reúne con *Las apariencias* una selección de artículos suyos, escritos y publicados desde enero de 1988 hasta mayo de 1991, unos en *ABC*, otros en *El País*, en la sección de Cultura, bajo el mismo nombre de «Las apariencias» o en la de Opinión.² Es su propia mujer Elvira Lindo la que redacta el prólogo de esta Antología. Según ella, con su publicación posterior, estos textos «volvían a su esplendor primero, embellecidos en su dimensión de libro».³ En 1992, desde el 18 de octubre hasta el 7 de septiembre, entrega en *El País* el folletín *Los misterios de Madrid*, editado más tarde en libro.⁴ En 1996-1997 propone, cada miércoles, una columna en la sección de cultura de *El País*, bajo el título de «Travesías».

A partir de 1998, publicó cada semana, en *El País Semanal*, y luego en el *EP[S]*, suplementos dominicales del diario *El País*, una sección fija, de cien líneas, bajo el título *La vida por delante*. También recopila en una antología posterior⁵ unas 105 columnas entre las 500 publicadas. No cabe duda pues de que, para Muñoz Molina, los artículos, que pertenecen al género periodístico, forman parte de su obra, no son de tono menor y no se deben oponer a los libros, que serían de tono mayor, si bien éstos gozan del estatuto de género literario. Presentar una recopilación de artículos no corresponde a ningún deseo de fama, de provecho económico o a no sé qué compromiso editorial sino a una voluntad explícita de juntar articulismo y literatura y de asociar su ritmo biográfico con su creación.⁶

De modo significativo esta columna de Muñoz Molina ocupa, como suele pasar con muchos columnistas famosos, la última página de texto no publicitario de *El País*, o sea la última página redaccional, a veces impresa incluso en un papel distinto, lujoso, espacio estratégico en el recorrido de lectura de este suplemento que se presenta como un *news* y cuya lectura empieza a menudo por esa página.

Estas columnas, escritas de modo regular, a lo largo de cinco años, le permiten al periodista/columnista practicar todas las libertades y juntar memoria personal y memoria colectiva, el subjetivismo más íntimo y la observación más entregada a conocer y aclarar el mundo que nos rodea.⁷ Cuando ha presentado en público su selección de artículos, Muñoz Molina ha explicado su técnica de escritura: esas columnas tenían que escribirse 15 días antes de que fueran publicadas, por motivos técnicos, y no le gustaba ese plazo tan largo. Declara:

Era difícil ponerme en situación con tanto adelanto, porque los artículos necesitan una cierta vibración del presente y mi obsesión era que no dieran la impresión de que aparecieran recalentados o en conserva.⁸

El 24 de febrero del año 2002 Muñoz Molina puso el punto final a esta serie y se despidió de esta

sección con un texto, titulado «Epílogo», en el cual hizo un balance de esa colaboración. Cuenta cómo descubrió el arte de la columna a través de los textos de Josep Pla o sobre todo de Julio Camba, éste en los tomos de la antigua colección «Austral» que se encontraba en la biblioteca municipal de Úbeda. Confiesa cómo bebía literalmente las crónicas de Camba que despertaron en él la afición por el artículo, lo mismo que la lectura de los libros de Julio Verne le habían inculcado las ganas de escribir novelas. Y al mismo tiempo da su definición de la columna:

en un artículo ha de haber, sin que se note mucho, un concentrado muy intenso de la vida y de la literatura, una breve cápsula de tiempo que será no mucho menos fugaz, en la mayor parte de los casos, que una pompa de jabón. [*Epílogo*, VPD, 329]

Podemos deducir pues de toda esa actividad regular y voluntaria que, desde siempre, Muñoz Molina ha compaginado una colaboración con órganos de prensa no como periodista sino como escritor de periódico o en periódico y una obra propiamente literaria con textos de ficción desde *Beatus Ille* (1986) hasta *Carlota Fainberg* (1999) y *Sefarad* (2001) y *En ausencia de Blanca* (2001). Como si el novelista necesitara ese contacto permanente con la observación de la realidad contemporánea y ese diálogo regular con sus lectores con algo que ocupa los silencios obligados entre la publicación de las novelas. Algo que incluso va preparando la salida de nuevos textos. Y al mismo tiempo necesita a veces marcar una pausa en esa actividad periodística y tomarse un descanso. Asegura:

Por eso me gusta parar, porque la rutina muchas veces lleva a que caigas preso de una maquinaria estéril que te lleva a a la repetición y a hacer parodia de ti mismo, a que no seas tú el que escribe el artículo sino el artículo el que te escribe a ti.⁹

Ocurre que el lector también guarda de este modo el contacto con el autor, quizás más presente directamente en sus columnas que en sus narraciones. Acierta Elvira Lindo cuando afirma que «los cuentos y los artículos suponen un alimento mutuo en esos tiempos de silencio, el lector mantiene vivo el contacto con el escritor y el escritor, a su vez, mantiene un diálogo con el presente».¹⁰

Por falta de espacio vamos a centrar nuestra reflexión en unas pocas columnas sacadas de la serie de «La vida por delante» de *El País Semanal*. He aquí una lista que constituye una selección, un abanico representativo de la mayoría de estos textos: *Historias viejas, palabras tristes / Cartas perdidas / El porvenir es largo / El país de Machado / Música de un día / Los extranjeros / El oro del exilio / Las fotos de los muertos / Grandes sonrisas / Las enciclopedias / La alegría totalitaria / Lentitud de las cosas / El pasado incesante / Los otros / La muerte contagiosa / Un futuro antiguo / De nacimiento / Burdos españoles / Libre empresa / Usar y tirar / Otro terrorismo / A bajo precio / Visita al purgatorio / Utopía de Santa Cruz / Retratos del destierro / La invisibilidad / Noche de verano / Fin de verano // El verano de Eça de Queiroz / Sangre impura / Los manuscritos / La fiesta del perdón / Las fronteras / Instrucción pública / Juegos de palabras / Grandes amigos / Cuestión de humanidad / Dos fugitivos / Un plano del deseo / Fulgor de Barcelo / Una cara normal / Grandes éxitos. Tiempos de penuria / Sin artículo / Utopía lectora / Retratos del destierro / Sangre impura / La fiesta del perdón / Te puede matar una guitarra / Grandes éxitos / Vivir a pruebas / Ambiente electoral / La aritmética de la libertad / Una cara normal / Baja política / Políticamente correcto / Semilla venenosa / Don de lenguas / La indiferencia / El toro y el pollo / Primavera de Lisboa / Aceituneros / Los antifranquistas / Lecciones de ciencias / Una modesta proposición / Un recuerdo de Boy / Castigo y venganza / Los herederos / Dos alemanes / Cien años / Los magistrados / Irse de casa / Año Santo / Cuaderno de enero / Arte de volver / Mujeres sin velo / Espacio negro / Geografía e historia / Lenguas de espías / Los dos premios / En el nombre de Dios / Oficios de trapero / El sueño del arquitecto / Al cabo de los años / El buque fantasma / La incredulidad / No saber nada / Sin fronteras / Los papeles / Se fue la luz / La culpa de todo / Perder siempre / Vuelve la momia / Pluma y pistola / Los revolucionarios / Días de pasión / Eterna senectud...*

De estas columnas, aparentemente tan diferentes en su temática y en su problemática, podemos sacar ya unas observaciones generales para tratar de caracterizarlas.

En primer lugar no hay nunca palabras en negritas, las famosas negritas, que son la tipografía

acostumbrada para referirse a los apellidos de los conocidos en las columnas frívolas de cotilleo de las páginas de sociedad, de la que se sirve, por ejemplo, Elvira Lindo, la mujer de Muñoz Molina, en su columna «Don de Gentes» de *El País Domingo*, pero sí, al contrario, aparece de modo sistemático otro guiño, mucho más personal, que se manifiesta por el uso muy corriente de citas de grandes autores como Nietzsche, Machado, Montaigne, Cioran, Faulkner, Lawrence Durrell, etc. Muñoz Molina ilustra sus comentarios, los refuerza y les da autoridad con el apoyo de una frase ajena, en general la de un gran maestro de las letras universales. Citar a otro creador es, para un autor, a la vez introducir algo exterior a su propio texto y adueñarse de este nuevo elemento. Además de una función ornamental, la cita participa de la amplificación retórica del razonamiento. Presentarla como el recuerdo personal de una lectura gozada es una posibilidad para el redactor de la columna de irrumpir en su propio texto, no de un modo vanidoso (prueba de su cultura y de su erudición) sino de manera individualizada, en una palabra de proyectar su «yo» en este texto enfocado aparentemente hacia elementos exteriores. No hay en Muñoz Molina la fuerza retórica persuasiva que domina en la mayoría de las columnas de sus colegas que buscan una toma de conciencia de algo por un lector orientado por la acumulación de argumentos y la riqueza del estilo adoptado sino una especie de tranquila confesión, de diálogo sereno entre amigos que hablan de sus vivencias y tratan de mejorarse moralmente con este intercambio que se nutre esencialmente de sentido común.

También podemos apuntar la ausencia de noticias relativas a la política nacional o internacional, exceptuando numerosas alusiones a la situación en el País Vasco y unos casos obsesivos como las figuras odiadas de Pinochet, Eichmann, o de Papon. No se alude nunca a acontecimientos o a personas del mundo de la actualidad política más inmediata. Los títulos de las columnas son significativos de esa huida de lo circunstancial histórico más cercano y urgente. Se refieren más bien a elementos o a conceptos filosóficos, morales y literarios: *la muerte, la invisibilidad, el destierro, el perdón, la utopía, el éxito, la humanidad, la libertad, la indiferencia, la incredulidad, las ciencias, la poesía, el*

futuro, el pasado, los retratos, las lentitud, signos de perfección, el infortunio, la dignidad, la justicia, la posteridad, la inseguridad, castigo y venganza... Aparte de los nombres de ciertos autores clásicos, no aparece ningún personaje vivo o muerto en estos títulos. Por consiguiente, no se puede sacar un índice onomástico como se suele hacer con las columnas de un Umbral, lo que prueba la falta de personalización en Muñoz Molina y el predominio de lo abstracto en sus planteamientos.

Por otra parte, Muñoz Molina acude a otras técnicas, todavía más directas para acercarnos a su vivencia e imponer su «yo» como fuente del texto que estamos leyendo. Destaca, en este particular, el uso sistemático del pronombre personal «yo»: en todos los casos se trata de una manera de salir directamente como individuo en su columna, de ser un elemento vivo siempre presente y activo. Abundan las referencias a lecturas o a actividades personales que son la base de sus comentarios y de su discurso: la correspondencia de Flaubert o las cartas de Stendhal, una nueva edición del Quijote, el estreno de una obra de Max Aub, *San Juan*, el aniversario de la muerte de Antonio Machado o del nacimiento de Lorca, la consulta de las enciclopedias, la reedición del *Diario* de Manuel Azaña, el problema del porvenir del libro frente a la imagen, el plagio, las fotografías de Sebastiao Salgado, el papel del escritor, la lectura de Eça de Queiroz, el correo electrónico, la obra de Miguel Barceló, una exposición de Picasso, el centenario de Marlene Dietrich, la canonización de Monseñor Escrivá, las memorias de Luis Mercader. Unos ejemplos ilustran esa relación estrecha entre la vida personal, su biografía autónoma, y las reflexiones que propone en sus columnas:

Leo esos detalles en un libro viejo que encontré por casualidad hace años en un puesto callejero [El país de Machado, VPD, 130]

Apago el ordenador, algo mareado, salgo a la calle y el primer golpe del aire frío y el sol de la mañana me despejan, me despiertan, me abren los ojos a la hermosa enciclopedia de la vida real [Las enciclopedias, VPD, 38]

En las imediaciones del Teatro Real, donde iba a celebrarse el ensayo general de *Las bodas de Figaro*,

el violinista callejero tocaba una de las arias más célebres de esa ópera, y el sonido débil y tortuoso de su violín era, sin embargo, una anticipación y un recuerdo de la música que unos minutos más tarde yo iba a disfrutar. Lo conozco de otras veces, y ya me recibe con una sonrisa y con una ligera inclinación de concertista... [Música de un día, VPD, 39]

Un amigo mío muy querido, que trabajó un tiempo, en los lejanos años de la hegemonia socialista, como asesor de un ministro de Cultura, me ha contado que entre sus tareas se incluía la de redactor anónimo de discursos oficiales. [Historias viejas, palabras tristes, VPD, 66]

De niño me gustaba perderme por las habitaciones altas y en penumbra de mi casa, esconderme tras cortinas o muebles sombríos, indagar en los cajones de las cómodas, en los que había al fondo de los armarios, buscando cosas debajo de la ropa doblada, tras las puertas misteriosas de las mesas de noche. [Al cabo de los años, VPD, 300-301]

Son afirmaciones y planteamientos que encontramos de modo reiterativo en estas columnas. Hasta el punto de confesar:

En medio del laberinto de la Feria de Francfort, yo me he sentido más invisible que el Hombre Invisible de H.G.Wells, y sin necesidad de una pócima. Una vez en el Salón del Libro de París, me vi sentado en una mesa de firmas junto a mi colega Arturo Pérez-Reverte, que era tan abrumadoramente visible para el público que los ejecutivos de la editorial tenían que poner orden en el tumulto de quienes buscaban una firma suya. Sentado junto a él, casi codo con codo, yo era invisible, y también lo era el cartel con mi nombre, y la pila de libros míos que nadie compraba. Menos mal que en el stand de enfrente había un gran espejo, y yo de vez en cuando lo miraba para asegurarme de que seguía reflejándome en él. [La invisibilidad, VPD, 239]

Yo tengo la mala suerte de carecer de conocimientos musicales, pero con las músicas me ocurre lo mismo que con las vidas y ciudades y los relatos de la historia, que casi todos me llaman la atención y pueden llegar a apasionarme, y sólo lamento que me falte el tiempo necesario para conocer y disfrutar todas cosas que me gustan, los libros, las canciones, las óperas, las ciudades, los cuadros, las biografías de la gente. [Músicas de un día, VPD, 41]

Asimismo, aparecen a menudo elementos familiares o circunstancias cotidianas o vitales precisas, sacadas de su propio entorno: su perro, sus viajes en tren, el tiempo que pasa, los veranos, la experiencia de los programas de la televisión, las ferias del libro, las librerías de viejo que visita. Hay un traslado permanente al papel del periódico de sucesos personales pero sin que esas observaciones se vuelvan confesiones narcisitas. Dos ejemplos entre muchos para reflejar esta tendencia:

Vi el título al pasar junto al escaparate de una librería, pero me faltaba tiempo y no entré inmediatamente a comprarlo. Ni siquiera me detuve esa vez a mirar el libro tras el cristal del escaparate, que es una cosa que el lector incondicional disfruta mucho haciendo, mirar los libros por el puro y desinteresado placer de su presencia, por el gusto de ver las portadas, la tipografía del título, el nombre del autor, el volumen material del libro, que uno casi toca al mirarlo, casi siente en las manos su peso y en el olfato su aroma de papel y tinta. [*El verano de Eça de Queiroz*, VPD, 225]

El mundo del otro lado de la ventanilla ha sido enguatado o cancelado por la niebla. Tras un breve paseo hacia el lavabo constato que en mi vagón al menos tres personas van leyendo obras maestras. Una chica joven, al otro lado del pasillo, lee sin levantar la cabeza *Orgullo y prejuicio*, llevando distraidamente el ritmo de la música que escucha mientras tanto en un *walkman*. [*Las fronteras*, VPD, 199]

En la columna se van mezclando pues la observación aguda y crítica del presente, y los comentarios que le inspira el azar de la vida, lo que constituye poco a poco la memoria colectiva de una temporada y los recuerdos, individuales por cierto, pero dominados por un enfoque generacional, fuera del contexto político: un violinista que toca en la calle delante de la ópera de Madrid, la cola de unos extranjeros frente a la comisaría, las fotos de los muertos utilizadas en unos anuncios, la televisión y su exhibicionismo, las manifestaciones callejeras, las ejecuciones capitales en Estados Unidos, el terrorismo vasco, la libre empresa, el racismo, la paz. La defensa de los animales, que es una lucha que comparte con muchos, desemboca sin embargo en unas conclusiones más generales:

De pronto, se da cuenta uno de que la extensión del dolor en el mundo puede ser aún mayor de lo que imaginaba, y de que al número de las infamias que los hombres infligen a sus semejantes hay que añadir las que se cometen contra los animales. Miro a los ojos al perro que tengo cerca mientras escribo y me cuesta sostener su mirada. [*Los otros*, VPD, 113]

Hay una estilización de la anécdota circunstancial que es propio de los grandes textos de la escritura del yo. Son bastante numerosas las vueltas al pasado más lejano, esencialmente a la España de Franco, la de la infancia de Muñoz Molina, de su juventud y de sus primeros años de escritor-periodista: tiempos de censura, el estado de excepción, la escuela, el contacto con la naturaleza, la iniciación a la lectura, las inquietudes literarias, la música.

Al contrario de la mayor parte de mis compañeros de clase, yo esperaba con cierta impaciencia el final de las vacaciones de verano, porque prefería el abrigado sosiego de la escuela a la intemperie áspera de los trabajos del campo. [*Fin de verano*, VPD, 234]

Se impone pues una vuelta sistemática a un pasado a la vez doloroso y poetizado, concebida no como un viaje narcisista, en un sistema de introspección egoísta, sino más bien como una toma de conciencia que se vuelve colectiva: el paso del «yo» al «nosotros» es permanente:

Ese olor despierta una pulsación de felicidad y de tiempo lejano mucho antes de que la conciencia haya podido trazar su itinerario: primero el olor, nada más percibido, me produce una embriaguez incondicional, como una descarga pura de verano, y luego descubro su origen al reconocer en la noche las ramas y las hojas de los álamos, y un segundo más tarde, por una de esas rimas en el tiempo que Proust y Nabokov nos han enseñado tan cristalinamente a dilucidar, los álamos de ahora, que están a un lado de un camino en la sierra de Madrid, se corresponden con otros álamos de hace más de treinta años que ya no existen sino en el recuerdo, los que había en mi plaza de San Lorenzo en Úbeda, tan altos que la sombreaban entera en las horas cenitales del calor. [*Noche de verano*, VPD, 222]

La columna de actualidad viene a ser, en definitiva, un documento muy válido para el conocimiento del pasado, no el de los grandes acontecimientos que suelen presentar los libros de Historia sino el cotidiano de los individuos, captados en su marco más familiar. La recreación del pasado se hace por medio de la memoria y se van mezclando memoria individual y memoria colectiva. El punto de vista es más bien el del recuerdo que el del porvenir, esto otorga a esas columnas una tonalidad bastante nostálgica.

En una palabra son, repartidos en los fragmentos parciales, desordenados, de las columnas, los elementos básicos constitutivos de la materia narrativa de relatos tan complejos como *Beatus Ille*, *El jinete polaco*, *El invierno en Lisboa*, *Ardor guerrero* o *Plenilunio*.

No hay fronteras entre los textos de Muñoz Molina que ocupan espacios muy vecinos como la columna, la novela lírica, la ficción presentada como tal y la autobiografía más o menos disfrazada. Son modalidades de la misma materia, unificadas por un lenguaje siempre muy cuidado y renovado por un trabajo muy elaborado del idioma.

La estructura de la columna es unitaria, cerrada, circular, se transforma así en un auténtico cuadro de costumbres, o en una reflexión sociológica. La de Muñoz Molina consta en general de ochocientas palabras organizadas en 5 o 6 párrafos, con uno de planteamiento y uno al final con una máxima que remata el texto, con una serie de deducciones seguidas que siguen la lógica interior del autor. Así la columna dedicada a «Los extranjeros» empieza con este párrafo:

Los veo lentos y pacientes, en la cola muy larga, ocupando la acera de la calle donde esta la comisaria, apoyándose en las fachadas o en los coches, sentados algunos en los escalones, aguardando no sé qué, casi todos con carpetas en las que deben de guardar los preciados documentos que se les exigen, las credenciales, los certificados, las identificaciones, las fotografías... [Los extranjeros, VPD, 54]

y termina con esta verdad tajante:

Cualquiera de ellos, íntimamente, es mi compatriota. Cualquier día también yo puedo verme convertido en un extranjero [Los extranjeros, VPD, 56]

Podemos definir de este modo las características principales de esas columnas: básicamente utilizan la técnica de la digresión, parten de un hecho y van hilvanando comentarios más generales para volver finalmente al tema, con una última frase que acaba el conjunto. Así en *Música de un día*, la observación de un violinista en la calle da lugar a una reflexión sobre el papel de la música en la vida, o en *Las enciclopedias*, la consulta de este tipo de libros le permite volver a recuerdos de niñez, a partir de la lectura del artículo «oro» o «muerto». En *El porvenir es largo* parte de nueva edición del *Quijote* para hablar luego del estreno de una obra teatral de Max Aub y desembocar finalmente en una meditación sobre el porvenir. Se puede relacionar este mecanismo con el de las cajas chinas de numerosos relatos de Muñoz Molina como *Beatus Ille* o *Plenilunio*. Al fin y al cabo utiliza una estrategia de la ambigüedad, de la asociación analógica, del relato problemático, de la construcción laberíntica del texto concebido como un puzzle. Parece que son las palabras las que llevan la iniciativa del texto y no lo contrario. Por cierto no hay un trabajo lingüístico muy elaborado pero sí un flujo libre que parte de las palabras

Además, la literatura, o sea el contacto con los grandes textos, tiene una importancia fundamental en su vida, ejerce sobre él un poder fascinante e influye en su concepto del mundo. Muñoz Molina presenta a menudo meditaciones sobre el ejercicio de la escritura y reconoce ser un «haragán de los libros» que son la parte central de su vida. Vive como un curioso incansable y es un intoxicado de literatura según la fórmula de Elvira Lindo. Y entendemos mejor por qué sufre tanto el protagonista de *Ardor guerrero* encerrado en su cuartel, sin libros.

Del mismo modo la literatura está en el centro de sus ficciones, como, por ejemplo, en *Beatus Ille* donde se trata, entre otra cosas, del rescate por Minaya del texto de un escritor olvidado, Solana.

Destaca pues una inquietud moral sistemática en Muñoz Molina que casi siempre parte de una perspectiva ética, y muchas columnas adoptan un tono didáctico o argumentativo. Muñoz Molina defiende los valores de liberalismo, de humildad, de autocrítica, de sencillez, de honradez, de lentitud, de sabiduría, de gozo del tiempo, de subjetividad. No hay urgencia en Muñoz Molina, al contrario, da la impresión que se distancia de la actualidad más apremiante. Se desprende de esos textos un clima de nostalgia, de dudas, de incertidumbre, de miedo frente al mundo contemporáneo captado como violento, injusto, irracional, bestial como lo ilustra el drama vasco tal y como lo vive Muñoz Molina. Una frase puede resumir esa visión algo negra y pesimista de la naturaleza humana y de la sociedad en la que vivimos:

Encerrados en nuestro rincón sofocante, cada día más resignados y desalentados ante el regreso del oscurantismo, no hemos sabido aprender de nuestros exiliados ni darnos cuenta a tiempo que de un modo u otro tal vez nos aguarda el mismo destino. [*El oro del exilio*, VPD, 257]

Por fin hay que subrayar la ausencia de búsqueda de efectos estilísticos: se trata de una prosa sencilla, sin adornos, el discurso no tiene brillantez retórica, se parece más a una confesión directa, una conversación con un amigo.

Muñoz Molina nos presenta, en su columna «La vida por delante», una crónica de la sociedad española que consta no tanto de una galería de personajes famosos de la actualidad política, financiera, cultural como, por ejemplo, las de Francisco Umbral, sino más bien de una serie de observaciones que constituyen un análisis crítico, y por lo tanto agudo, sensible, necesario, de la circunstancia histórica desde lo más nimio a lo más trascendental y, sobre todo, una puesta en duda permanente del poder, de todos los poderes, como lo resume perfectamente la conclusión siguiente:

Quizá, en el fondo, el secreto del poder sea no hacer nada: así dará la impresión de regir el orden natural y bárbaro de las cosas; la despiadada lentitud del mundo, que vuelve tan triviales y fugaces las vidas humanas. [*Lentitud de las cosas*, 25/1/1998, EP[S] n° 1113]

o dicho de modo más sintético:

Tenía razón Cioran, el tiempo siempre conspira en favor de los tiranos. [*El pasado incesante*, 22/III/1998, EP[S] n° 1121]

Nos parece esencial la referencia a Cioran en quien pensamos a menudo al leer las columnas de Muñoz Molina quien comparte con él un escepticismo fundamental.

La consulta de estas columnas abre un panorama de cierta forma completo de la problemática del año en todos los campos (quizá los grandes ausentes sean el deporte, por falta de interés, y la confesión erótica, por pudor). Pero todo surge de la mirada, de la cultura, de la sensibilidad y sobre todo de la memoria del propio Muñoz Molina. Hablando de lo que pasa en España habla de sí mismo y hablando de sí mismo nos permite descubrirnos. No se trata en absoluto de un autorretrato complaciente y posiblemente vanidoso y, por consiguiente, poco interesante para el lector.

Por lo tanto, la práctica de esta columna diaria vendría a ser el vehículo, entre otros textos más literarios, de una confesión muy personalizada como lo suponen las características de este género pero lejos de cualquier exhibicionismo, *pose* frívola o autocomplacencia pedante. Escribirla no es para Muñoz Molina, como ocurre con muchos columnistas famosos (en los diarios *Le Monde* o *Le Figaro*), un careo permanente con la actualidad política, interior sobre todo, social y cultural o una droga o un desafío que se lanza a sí mismo, algo necesario a su supervivencia como es el caso de Umbral quien dice: «Soy un escritor doloroso que se cura escribiendo».¹¹

Practicado así el columnismo deja de ser un género secundario, o marginado para formar parte de un conjunto creativo que se elabora paralelamente a las obras de ficción que resultan enriquecidas por esa reflexión de cada semana. El mismo Muñoz Molina confirma, en el texto de despedida de la columna de *El País Semanal*, la concepción humilde, exigente y problemática que se hace de su oficio:

Pero este libro de arena, de papel de periódico, de apariciones y desapariciones semanales, también conviene que tenga un punto final, no vaya a ser que lo malogre un exceso de longitud o un contagio gradual de rutina o cansancio. Está bien llegar a los sitios, a una ciudad o a una casa, a una cierta página reconocida y familiar, pero también está bien irse, y, como lo sugiere Antonio Machado en un poema, puede que la alegría del que se marcha sea superior a la del que llega.

Está bien contar algunas cosas que importan con claridad y reflexión, pero también es bueno callarse, y si agrada descubrir que alguien se ha reconocido en lo que uno ha escrito a solas, también cansa sentirse vulnerable a la malevolencia y a veces a la mala leche española y anónima, saberse mirado por encima del hombro por tanto depositario de la verdad política o de la más alta sabiduría literaria. Callarse es un acto de prudencia, una medida terapéutica, una silenciosa afirmación. Y unos de los rasgos cruciales de cualquier cosa que se escribe es el punto final: el punto final de estos artículos ha llegado ahora [*Epílogo*, VPD, 329].

En definitiva, no se dirige a un lector cautivo que lo lee ciegamente como a un *pope* todopoderoso sino más bien a un amigo cómplice que busca en él a la vez el testimonio auténtico, una forma de mirar la realidad y una interpretación de esa realidad a partir de su propia experiencia, lo que llama «una invención curiosa de la realidad».¹² Quizá sea una posible definición, entre otras muchas, de la autobiografía.

Notas

¹ Francisco UMBRAL, *Madrid, tribu urbana*, Madrid, Planeta, 2000, p. 155.

² Antonio MUÑOZ MOLINA, *Las apariencias*, Madrid, Alfaguara, 1995.

³ Elvira LINDO, prólogo a MUÑOZ MOLINA Antonio, *Las apariencias*, Madrid, Alfaguara, 1995, p. 9.

⁴ Antonio MUÑOZ MOLINA, *Los misterios de Madrid*, Seix Barral, Biblioteca Breve, 1992.

⁵ Antonio MUÑOZ MOLINA, *La vida por delante*, Madrid, Alfaguara, 2002. A partir de ahora daremos las citas sacadas de los artículos de la «Vida por delante» con la doble referencia al suplemento dominical de *El País*. bajo la sigla EP[S] y su fecha cuando no aparece en la selección y a la recopilación publicada por la editorial Alfaguara, bajo la sigla VPD, seguida de la página cuando el artículo aparece en la selección.

⁶ En esto discrepa de Luis Antonio de Villena quien opina: «Los libros que reúnen artículos de autor —y los hay a cientos— pasan por ser ganga de ese autor, pequeña vanidad residual de su *pape lucrando*, y se venden poco» (*El Mundo*, 08/01/2003).

⁷ Es sabido que Umbral ha exigido de los responsables de *El Mundo* la ubicación estratégica de hoy, en la contraportada del diario, lo que le da un estatuto singular, hasta ocupar la casi totalidad de esta última página e incluso de la primera cuando ocurre algo muy dramático en la actualidad (por ejemplo los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York). El mismo la reivindica como «la silla isabelina del periódico, la antigüedad del Rastro para enseñar a los visitantes, el lujo literario de la empresa» (Francisco Umbral, *Un ser de lejanías*, Madrid, Planeta, 2001, p. 120).

⁸ Antonio MUÑOZ MOLINA, *El País*, 20/12/2002. Comparte esa voluntad de inmediatez, de correlación con la propia vida con dos columnistas famosos como Manuel Vicent que espera el sábado para escribir la columna que publica cada domingo y con Francisco Umbral que no tiene ninguna columna congelada y las va escribiendo a diario. Se explica que en estos tres casos la carga de autobiografía es fuerte: reflexión personal a partir de un dato vital en Muñoz Molina, digresión lírica a raíz de algo sentido físicamente en Manuel Vicent, grito enfadado al observar la realidad en Umbral.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Elvira LINDO, prólogo a MUÑOZ MOLINA Antonio, *op. cit.*, p. 10.

¹¹ Francisco UMBRAL, *Diario político y sentimental*, Madrid, Planeta, 1999, p. 161.

¹² Antonio MUÑOZ MOLINA, *El País*, 20/12/2002.